



Desafíos que plantea el nuevo milenio

John Kenneth Galbraith, profesor emérito de economía en la Universidad de Harvard (cátedra Paul M. Warburg), examina los hechos más destacados de este siglo y los desafíos que nos depara el futuro en una conversación con Asimina Caminis, Redactora Principal de *Finanzas & Desarrollo*.

John Galbraith, profesor y economista de renombre mundial, se ha distinguido en el campo de la política estadounidense e internacional. Ha escrito más de 30 libros, entre ellos *El Crac del 29*, *La Sociedad Opulenta*, *El Nuevo Estado Industrial*, *Una Sociedad Mejor* y —más recientemente— *Name-Dropping: From F.D.R. On*.

¿Cuáles son los hechos más importantes del siglo XX y qué grandes desafíos se plantean al iniciarse el siglo XXI?

El siglo XX se destaca por tres grandes catástrofes, las dos guerras mundiales y la gran depresión económica de los años veinte. En términos muy generales, la principal lección debería permitirnos saber qué debemos evitar. La mayoría de la gente, al menos en el mundo más desarrollado, ha sufrido más los efectos de la muerte y del hambre en las guerras que los efectos de la depresión económica. En un mundo que dispone de armas atómicas, debemos —ante todo— evitar la guerra. Es una lección sobre todo para Estados Unidos porque somos muy vulnerables a todo uso de armas atómicas. (Una bomba en el sur de Manhattan privaría a muchas personas de sus posesiones y de todo registro de ellas.) Comienzo, pues, señalando que las dos cosas más necesarias son lograr la paz y evitar otra depresión mundial.

En su libro Una Sociedad Mejor, usted habla de las ventajas que se derivan de la globalización y del posible conflicto entre la globalización y la política interna de los Estados-nación. ¿Las ventajas de la globalización tienen más peso que sus costos?

Un pequeño detalle: Soy uno de los asesores del diccionario *American Heritage* en lo

que respecta al uso del idioma, y no acepto el término “globalización” [*globalization*]. ¡Es una palabra muy fea! Tengo, eso sí, la firme esperanza de que haya relaciones internacionales más estrechas en campos como la economía, la cultura, las artes, los viajes y las comunicaciones, porque una de las causas de desastre en este siglo ha sido el nacionalismo incontrolado, que me gustaría ver menos en el futuro. El comercio, junto con los intercambios culturales y los viajes, limitan ese riesgo. Una empresa internacional con actividades en varios países no querrá suscitar conflictos entre gobiernos, como ha ocurrido en el pasado, sobre todo antes de la primera guerra mundial cuando la industria pesada era un aliado militar del gobierno y un campeón del nacionalismo. Yo respaldo firmemente la idea de establecer relaciones internacionales más estrechas.

La tendencia hacia una mayor integración de los países en la economía mundial ha creado ciertos temores, por ejemplo, de que los países industriales pierdan puestos de trabajo a favor del mundo en desarrollo, donde la mano de obra es más barata. ¿Se justifican estos temores? ¿Cree usted que se producirá una reacción negativa, contraria a la integración?

La pérdida de puestos de trabajo es inevitable. Tenemos que aceptarlo. Debemos ser

conscientes de que, entre otras cosas, esto favorece a personas que también necesitan muchísimo un trabajo y que pueden salir de la extrema pobreza gracias a él. Se pueden hacer cosas a nivel internacional para mejorar las condiciones laborales, y me parece bien que se hagan, pero yo estaría dispuesto a aceptar cierta transferencia de empleo hacia las personas mucho más necesitadas. Cuando hablamos de los bajos salarios de Tailandia, olvidamos que están mucho peor las personas que no reciben esos salarios.

A medida que los países en desarrollo se integran cada vez más en la economía mundial, ¿cómo pueden reducir su vulnerabilidad ante las perturbaciones externas? ¿Qué podemos aprender de la reciente crisis financiera de Asia oriental?

Mi punto de vista al respecto es muy diferente. Debemos dar por sentado que habrá crisis económicas, sobre todo en los países jóvenes. La historia nos ofrece muchos ejemplos de locura financiera en los países de reciente industrialización, entre otros las colonias británicas de América o, de hecho, Estados Unidos en el siglo XIX; Gran Bretaña en el siglo XVIII con el gran fiasco comercial de los mares del sur; los Países Bajos durante la “tulipomanía” que azotó al país en el siglo XVII; Francia durante la gran fiebre del oro en Luisiana, oro que lamentablemente todavía no se ha descubierto. Es probable que surjan crisis en el futuro. Hay algunas cosas que podemos hacer —que el FMI puede hacer— para paliar los daños, pero insisto en dos aspectos: el capitalismo es inherentemente inestable y lo es especialmente en su juventud. Esto es inevitable.

Tras la crisis de Asia, un país, Malasia, impuso controles sobre el capital, y algunos economistas empezaron a señalar que estos controles podrían justificarse en determinadas circunstancias.

En ciertas circunstancias podría observarse algo especialmente imprudente, pero el control de las corrientes de capital no es fácil. Yo diría que es menos importante que estrechar las relaciones internacionales basadas en una intensa cooperación y una restricción inteligente. También hay que tener presente que las crisis financieras tienen un aspecto útil. Recordando a un colega —Joseph Schumpeter, con quien he estado a menudo en desacuerdo—, yo haría notar que una crisis financiera elimina la incompetencia en el sistema bancario, el sector industrial y, en cierta medida, en el gobierno. Es un asunto importante en países viejos y nuevos por igual, aunque lo es más en los países jóvenes. Esto me lleva a algo que defiendo desde hace tiempo en relación con el FMI, del que soy firme partidario. Me gustaría que el FMI estuviera más dispuesto a tomar “medidas higiénicas” —tome nota del término— en relación con banqueros y empresarios incompetentes, y que tenga una actitud más compasiva hacia la gente que sufre inocentemente y cuya demanda agredida es necesaria para la economía.

En Una Sociedad Mejor, usted sostiene que las economías industriales deberían coordinar su política socioeconómica. ¿En qué foro debería llevarse a cabo esa coordinación?

En la época de Bretton Woods yo era un joven redactor. Como todos los de mi generación, reaccioné con gran entusiasmo. Sigo pensando que los años que marcaron el

nacimiento del FMI y el Banco Mundial fueron de mucha innovación. Y desearía que este proceso continuase, por ejemplo, con la Organización Mundial del Comercio y que se establecieran normas comunes en relación con el comercio internacional. Desearía que hubiese también más coordinación internacional en el campo científico y en la orientación de la política económica. Las medidas internacionales adoptadas en conferencias y por intermedio de instituciones como el FMI, el Banco Mundial y la OMC son parte esencial del internacionalismo que yo recomiendo con entusiasmo. Observe que utilizo la palabra “internacionalismo” y no globalización.

¿Qué papel prevé usted para el FMI y el Banco Mundial en el siglo XXI?

Esencialmente, una continuación y ampliación del papel que ya desempeñan. Cuando surge una crisis, se necesita una infusión de capital y cierta orientación en lo que respecta a la recuperación, dos temas que competen esencialmente al FMI. (No quisiera que esto obstaculice el efecto higienizador de las crisis que destacué antes.) Y quisiera que el Banco Mundial siga respaldando las corrientes de capital hacia los países pobres, una función de extraordinaria importancia. Los mercados financieros internacionales no ayudan suficientemente a los países más pobres, y es ahí donde se necesita al Banco Mundial. Uno de los grandes avances del siglo pasado ha sido el fin del colonialismo. Pero el fin del colonialismo no produjo el fin de la pobreza, ni ha significado en todos los casos un gobierno adecuado.

¿Cree que la democracia es esencial para lograr el desarrollo y el crecimiento económico?

Como cuestión de fe, apoyo el régimen democrático, pero también soy consciente de que, bajo la guisa de gobierno democrático, puede esconderse el mal gobierno o la falta de éste. Tenemos que mirar más allá de la democracia y exigir también calidad. Quisiera insistir en esto. He sostenido en otras ocasiones que, si miramos a nuestro alrededor, podemos comprobar que un buen gobierno, honrado, es el principal requisito para el desarrollo económico, como se reconoció en Europa y Estados Unidos en el siglo pasado. Uno de los mayores obstáculos para el desarrollo económico es un gobierno que no sirva los intereses de su pueblo y se esconde tras la pantalla de la soberanía. Tenemos que reconocer —a través de las Naciones Unidas, no de los países individualmente— que hay circunstancias en que la soberanía encubre grandes sufrimientos.

¿Cree que la Unión Económica y Monetaria de Europa es un paso hacia la coordinación más estrecha de las políticas de los Estados-nación?

Estoy a favor de la UEM; es un paso acertado. Yo diría que es más maravillosa en la conversación que en la realidad, y quisiera que la realidad se extendiese más allá de la moneda única. No obstante, creo que es uno de los acontecimientos importantes de nuestra época.

Usted ha señalado la desigualdad del ingreso y la pobreza urbana como dos de los problemas más graves que debemos encarar.

¿Qué papel debe desempeñar la política económica en la resolución de estos problemas?

No es que la política monetaria carezca de importancia pero en Estados Unidos tendemos a confiar excesivamente en ella. Soñamos con que la Reserva Federal pueda resolverlo todo. Es demasiado optimismo. Volviendo al tema central, no cabe duda de que la desigualdad y la pobreza urbana son dos grandes problemas en los países desarrollados y especialmente en Estados Unidos. Yo no oculto mi respaldo a la idea de establecer un impuesto sobre la renta altamente progresivo, sin llegar al punto —no sería una idea seria— en que necesitemos tasas marginales muy elevadas para que los ricos trabajen más y puedan así mantener su ingreso neto. Creo desde hace tiempo, como muchos otros, que un país rico como Estados Unidos puede garantizar a todos un ingreso mínimo. Algunos no trabajarían, pero se dice que el ocio es bueno en una comunidad rica; se dice incluso que el ocio es bueno para un profesor de Harvard. No me escandaliza, como a la mayoría de la gente conservadora, que se ayude a los pobres y que algunos de ellos “abusen del sistema”. Tengamos presente siempre que en los países afortunados nada niega tanto la libertad del individuo como la falta de dinero.

¿Se corre el peligro de que parte de la riqueza huya hacia los paraísos fiscales? ¿Qué opina del llamado efecto inversión como resultado de impuestos más elevados?

Siempre habrá evasión fiscal. Pero escaparse del sistema de tributación de la renta a los paraísos fiscales está mal visto y es censurable; continuemos así. De hecho, habría que examinar mejor la manera en que se obtiene el dinero que se refugia en los paraísos fiscales. Las personas que ganan dinero honradamente pagan por lo general sus impuestos y tenemos que mantener los mecanismos legales para que así sea. Por el momento no me preocupa el efecto inversión que pueda producirse. La búsqueda de un ingreso no se ve perjudicada porque parte de éste se destine al pago de impuestos, e incluso puede verse estimulada. Quienes no desean pagar impuestos defienden el punto de vista contrario. Tenemos que reconocer que hay libros muy ingeniosos sobre el peligro de hacer pagar impuestos a los ricos. Y tenemos que ser conscientes de la relación entre el ingreso y la estructura empresarial. Los grandes ejecutivos que disfrutaban de ingresos muy elevados se encuentran en la envidiable posición de nombrar a los miembros del consejo de administración que fija sus sueldos. No es de extrañar que sus ingresos sean muy altos.

¿Cree que el siglo XXI traerá un cambio en el carácter de las empresas?

No, pero deberíamos ser más conscientes del carácter de las estructuras empresariales.

Como admirador del economista Simon Kuznets, ¿está de acuerdo con la teoría de éste en el sentido de que el crecimiento económico de los países en desarrollo irá acompañado necesariamente de una mayor desigualdad del ingreso, al menos inicialmente?

Estoy convencido de que Simon Kuznets, mi buen amigo y vecino, estaba en lo cierto. En una economía campesina, o

una economía agrícola simple, como han existido en el pasado, había más igualdad —a menudo mayor igualdad en la pobreza— que cuando, más adelante, aumentó el desarrollo y un número creciente de personas salió de la pobreza. Yo crecí en una comunidad agrícola canadiense en la que había una amplia igualdad de ingreso. Pero, al abandonar el campo y entrar en los negocios, las profesiones u otras actividades económicas, aumentó la desigualdad del ingreso como consecuencia del mayor abanico de oportunidades.

Usted ha dicho que el PNB y el PIB son inadecuados como criterios para medir el bienestar. ¿Cuál sería el criterio más exacto?

Hay mucho más que eso. Como he dicho en otras oportunidades, Florencia en sus días de grandeza era una ciudad con un producto interno bruto muy bajo. Shakespeare vivía en un país con un PIB muy bajo. Y Darwin, que probablemente ha hecho más que nadie para cambiar las ideas sobre la existencia y perspectivas de la vida humana, era de un país mucho más pobre aún. Muchos de los grandes logros de la humanidad tienen muy poco que ver con el ingreso. Es algo que deberíamos tener siempre presente cuando hablamos del sistema educativo. Yo soy partidario desde hace mucho tiempo de que se enseñe economía pero mi propia conciencia me ha llevado a ser partidario también de que se enseñen las artes. Yo diría que, desde un punto de vista personal, he disfrutado más escribiendo sobre las artes que sobre la economía. Colaboré en una de las obras conocidas sobre la pintura india, y el mayor placer de mi vida ha sido escribir novelas.

Ha escrito usted más de 30 libros, ¿está escribiendo algo ahora?

Inevitablemente. El título provisional es *The Economics of Innocent Fraud*. [La economía del fraude inocente]. Se trata de un relato sombrío sobre todo lo que creemos, en economía y política, que nada tiene que ver con la verdad. Comienzo señalando cómo hemos rebautizado el sistema —porque capitalismo trae malos recuerdos que por un lado nos hacen pensar en Marx y por otro en Rockefeller y Carnegie— y se habla ahora de algo insípido y sin sentido que denominamos sistema de mercado. El término no dice nada pero es inocuo. Y también me ocupó, entre otros muchos temas, del fraude que llamamos trabajo. El trabajo está muy bien si se es pobre, pero si se es rico lo importante es el ocio. Cuanto más se disfruta de un empleo, más alto es el sueldo. Este es el tipo de análisis que ahora me ocupa. Es algo a lo que he dedicado algunos años de mi vida, el placer de incomodar a la gente.

Lo que se llama rigideces del mercado laboral —salario mínimo, protección en el empleo, cargas de la seguridad social— suele apuntarse como culpable de las altas tasas de desempleo en Europa, mientras que, gracias a la flexibilidad del mercado laboral, Estados Unidos goza de altas tasas de creación de puestos de trabajo. ¿Es inevitable este compromiso entre protección laboral y flexibilidad del mercado?

Hay que saber qué es lo que se juega. Si nos preguntamos qué produce la tasa máxima de crecimiento y si es ésta la única meta en la vida, puede que haya demasiada rigidez en el sistema social europeo. Si la pregunta es qué da una vida

agradable y feliz y si es ésta la meta en la vida, es muy probable que la respuesta sea diferente. Yo estaría dispuesto a sacrificar algo de libertad empresarial a cambio de una vida más civilizada y, dicho sea de paso, no creo que se pierda tanto en el trato. Creo que en Estados Unidos se podría tener un salario mínimo bastante más alto sin causar graves perjuicios al crecimiento económico, muy probablemente ninguno. Y también creo, como ya dije, que podría concederse un ingreso básico a los pobres sin causar ningún daño. Puede que el flujo de ingreso agregado estuviera incluso mejor “asegurado”, para utilizar un antiguo término keynesiano. Los pobres siempre gastarían el dinero que tengan; los ricos, tal vez no.

¿Es inevitable llegar a un compromiso entre inflación y pleno empleo?

Nunca he restado importancia a la inflación, y nunca pensé que pudiéramos tener, como ahora, tan buena situación de empleo y una tasa de crecimiento tan favorable con una inflación tan baja. Parece ciertamente que en los tiempos que corren ha perdido validez la idea de tener que llegar a un compromiso entre crecimiento, ingreso de los trabajadores e inflación. Espero que así sea. Ahora disfrutamos de un ritmo de producción excelente con una tasa de inflación muy baja. Es algo, como ya he dicho, que no había previsto y que muy pocos economistas previeron. Cuando algo va bien, dejémoslo estar.

En vista del fracaso tan comentado de las economías dirigidas y de la planificación central, muchos economistas defienden ahora la idea de reducir el papel del Estado en la actividad económica y establecer total libertad de movimiento en los mercados. A su juicio, ¿qué papel debe cumplir el Estado en una economía? ¿Qué aspectos pueden y deben dejarse en manos de los mercados?

No veo ningún paralelismo entre lo que ha ocurrido en la antigua Unión Soviética y lo que se necesite en Estados Unidos. La gente en la Unión Soviética descubrió —como de hecho lo han descubierto los chinos— que, rebasado cierto nivel de desarrollo económico entra en juego mucha más gente de la que se puede silenciar. La gente quiere participar en su gobierno, quiere libertad de expresión y otras libertades asociadas con el bienestar. Es lo que trajo el fin de la Unión Soviética. La idea de que pudiera establecerse un sistema que mantuviera callados a los estadounidenses es pura fantasía. No me preocupa el papel que debe desempeñar un gobierno. Me parece un asunto puramente práctico. Hay cuestiones —como la educación, la atención sanitaria, un ingreso mínimo, la seguridad social— para los cuales el gobierno es absolutamente esencial. Hay otras campos donde los gobiernos, con todo acierto, ceden la producción de bienes y servicios a la empresa privada. Es algo —insisto— que no hay que decidir desde el punto de vista de la ideología. No hay que decidirlo basándose en principios generales. Hay que tomar la decisión en función de los aspectos prácticos.

En algunos países se han privatizado, o se están privatizando, los servicios que antes prestaba el sector público.

Yo no estoy a favor de privatizar, por ejemplo, la enseñanza. Tenemos que procurar mejorar esta institución tan grande, que ya existe, en lugar de llevar a cabo un cambio tan enorme como el de poner las escuelas en manos privadas. En cambio, nada tengo que objetar si alguien quiere enviar a sus hijos a universidades privadas. Yo me eduqué en dos universidades públicas, pero acepto la existencia de la Universidad de Harvard. Es un tema que no debe estar sujeto a fórmulas ni ideologías; hay que hacer lo que mejor funcione en la práctica.

Otra tendencia a escala mundial que vemos ahora es la descentralización, a medida que los gobiernos centrales transfieren poderes y competencias a las autoridades locales.

Me parece que, frecuentemente, vale la pena que las decisiones se tomen cerca de uno.

¿Son los ciclos de “auge y caída” una característica inevitable de nuestro sistema económico, o hay medidas que podrían tomarse para suavizarlos o eliminarlos?

Doy por sentada la inevitabilidad del ciclo económico, como solía llamarse. Existe desde hace cientos de años, y un hecho fundamental —importante para el FMI— es que, como dije antes, los buenos tiempos producen, primero, empresarios incompetentes, segundo, medidas gubernamentales que en muchos casos son equivocadas y, tercero, especuladores. Entre todos logran que en algún momento se llegue al desplome. Esto forma parte del sistema. Cuanto mejor lo entendamos, más gente podrá protegerse. Ha estado ocurriendo por cientos de años y no veo grandes cambios. Creo que ahora tenemos un poco más de sentido común que antes. Poco después del fiasco de los mares del sur, se fundó una compañía maravillosa que propuso drenar el mar Rojo para recuperar los tesoros que allí habían perdido los israelitas. Una compañía de este tipo probablemente no tendría mucho éxito hoy, aunque la inteligencia en temas como éstos avanza muy lentamente. Pero hay un proceso saludable de limpieza, y seguramente en la actualidad hay circunstancias que algún día harán necesario este proceso. Baste un ejemplo: ¿Podría imaginarse alguien que contamos con suficiente inteligencia financiera para administrar la multitud de fondos de inversión que hoy existen?

Los años ochenta se conocen como la década de la crisis de la deuda y los noventa como la década del internacionalismo. ¿Qué calificativo utilizaría para el siglo XXI?

Yo no emplearía esas palabras. Ambos períodos forman parte de un proceso mucho más largo y no pueden identificarse como un simple lapso de diez años. En cuanto al futuro, confío en que veamos una mejora en los países más pobres y que consigamos una estabilidad razonable en los países afortunados. Además, como ya señalé, soy firme partidario de vínculos internacionales más estrechos. No quisiera que la gente se proteja tras el nacionalismo, desde luego no tras un nacionalismo excluyente. **F&D**